

absolutamente nada! Incomprendible que, en las dificultades existentes para hacer cine en España, no se haya pensado en la necesidad de tener un guión antes de filmar. Un guión por mínimo que sea, pero que conecte con alguna realidad, que tenga una estructura dramática al menos elemental, una historia más consistente que la mera reiteración de momentos banales. ¡Qué pena! Porque "Sentados al borde de la mañana con los pies colgando" ha conseguido un aire de película "underground" (mezclada, eso sí, con cierta estética de "spot" publicitario) nada desdeñable. Los diálogos directos, la improvisación en los actores, la espontaneidad de la puesta en escena, aparecen poco frecuentemente —o nunca— en el cine español. ¡Si se pudiera coger todo eso y ponerlo al servicio de algo!

La película es de una trivialidad adolescente que sorprende: unos jovencitos despolitizados, pero que hacen política, ocupan una casa abandonada para desarrollar un trabajo cultural en un barrio. Se les quiere echar de allí, pero ninguna autoridad (la Policía no aparece) lo consigue. ¡Sorprendente! Hay ataques violentos de no se sabe quién, pero tampoco pasa nada. Todo es, en el fondo, idílico. No hay por qué preocuparse, porque si los echan de allí, son capaces de encontrar otra casa mejor y más segura. ¡Estamos en el mejor de los mundos posibles! Todo esto en una larguísima proyección llena de secuencias vacías, inútiles, contradictorias. ¡Qué pena! Ni Burmann, ni Betancort, ni Bosé han hecho la película que merecen. Pero la han hecho. Y eso resulta tan inexplicable como esperanzadora la posibilidad de que puedan volver a reunirse y contar algo que sí tiene que tener que ver con la ciencia-ficción como en este caso, lo haga en términos auténticamente fantásticos, y si tiene que ver con la realidad, sea ésta, al menos, reconocible. Los autores de la película se han quedado con los pies colgando por no apoyarlos en un guión, en una reflexión más madura antes de comenzar a trabajar. ¡Qué pena, qué pena! ■ D. G.

"Harlan County USA"

El Oscar concedido a "Harlan County USA" por la Academia

de Hollywood en 1977 debió sorprender enormemente a su realizadora. En sus proyectos de trabajo sólo contaba la posibilidad de que su película fuera vista por amigos, cine-clubistas y, fundamentalmente, los mineros protagonistas de la huelga. Era una primera película realizada con escasos medios y durante cuatro duros años de trabajo. Eso no es precisamente el tipo de trabajo que la Academia considera "artístico". Y, sin embargo, en un gesto de sorprendente lucidez, este Oscar ha venido a premiar un trabajo admirable, no ya sólo en el terreno cinematográfico, sino también en el espinoso tema del cine político. "Harlan County USA" es un estremecedor documento histórico que huye de cualquier previa consigna política para limitarse a contemplar las dificultades y las angustias de los mineros de un pequeño poblado de Kentucky enfrentados durante más de un año a "la compañía" para poder sindicarse. Dificultades que no se limitan al miedo y a la insolidaridad, sino que adquieren características trágicas en los enfrentamientos con los esquirols, dispuestos éstos a matar "para dar una lección". El patetismo del documento filmado por Barbara Kopple es que es sólo a través de un minero

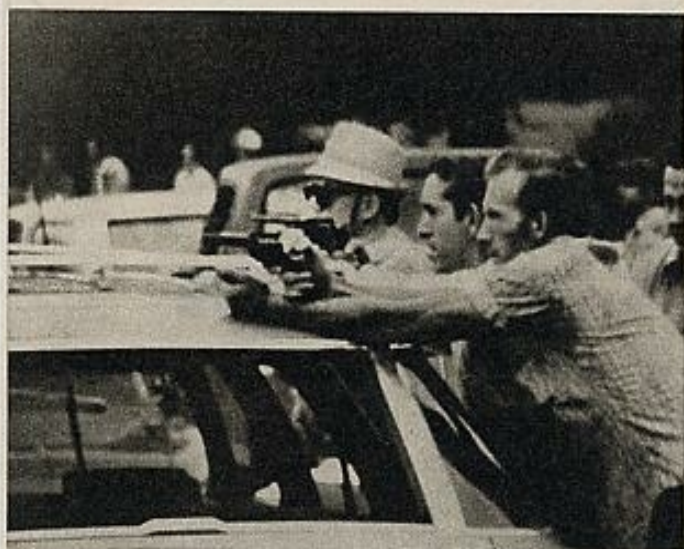
lugar, mientras todos tienen vivas sus largas horas de trabajo en la mina, las enfermedades y las muertes producidas por ella, las terroríficas condiciones en que también viven en la superficie. Barbara Kopple ha rodado todo ello con el riesgo de perder la vida en el empeño (hay momentos en que los esquirols agreden ostensiblemente a quien empuña la cámara), pero también con la sensibilidad de quien entiende el valor de cualquier dato, de cualquier frase, de cualquier gesto. Por poco que se reflexione, "Harlan County USA" se transforma en uno de los más impresionantes documentos del "cine directo" y del cine en general. Con Oscar o sin él. ■ D. G.

"Los chicos de la banda"

Ocho años son demasiados para una película que no tenía ya en el momento de su realización suficiente entidad para interesar demasiado. William Friedkin, el director que un año después haría la famosa "French Connection", se limitó en "Los chicos de la banda" a retratar el texto de la comedia

hablando sin parar. Digamos que consigue su propósito, pero que la ambición no era excesiva. El texto teatral de Mart Crowley se presenta así en toda su "literatura", con sus esquemas originales tendentes a presentar una supuesta brillante panorámica sobre el mundo homosexual, y, naturalmente, con toda la servidumbre que ello comporta, dado que esa "panorámica" se limita a unos casos cerrados y neuróticos, cuya representatividad fue discutida ya desde el principio. "Dime dónde hay un homosexual feliz, y te diré dónde hay un cadáver sonriente", fue una de las frases de la comedia que más pudo indignar en 1970 a los grupos homosexuales norteamericanos. Dado que la tesis de la película consiste en demostrar la infelicidad de la homosexualidad, desvinculándola de cualquier otra circunstancia personal o social, como si en sí misma fuera suficiente para considerar a cualquiera, era lógico pensar que esas protestas tendrían lugar. Y por poco que se piense en ello, parece claro que la homosexualidad en sí misma no tiene peso suficiente en la consideración global de un ser humano.

Lo peor de la película de William Friedkin es que para comentarla hay que remitirse a la obra de teatro. Dado, de su parte, que no aclara o mejora la debilidad original de Crowley, si no es en todo caso para esquematizar aún más sus trucos argumentales, habría que enrollarse en una conversación sobre planos y contraplanos. Baste decir al respecto que los frecuentes saltos de imagen y la desorientadora ubicación de los personajes en cada momento de la acción no hacían prever aquí el dominio técnico demostrado por Friedkin en su siguiente película. ■ D. G.



"Harlan County USA", de Barbara Kopple.

muerto por los esquirols como "la compañía" consiente en aceptar el sindicato.

No basta con un simple esquema argumental. "Harlan County USA" es también la crónica viva de esos mineros, muchos de los cuales recuerdan con horror la violenta huelga de 1930 ocurrida en el mismo

de Mart Crowley con el mismo reparto que lo interpretaba en Broadway sin añadir no ya novedades argumentales, lo que podría ser absurdo, sino una sensibilización del texto. A Friedkin sólo le importaba superar la apuesta que podía suponer el rodaje en una habitación cerrada con nueve personajes

TEATRO

El reiterado descontento

Una de las heridas que más persistentemente sangra dentro de nuestro panorama teatral es, sin duda alguna, la precaria representatividad con que cuentan los autores contemporáneos